

Primeras impresiones
León Trotsky
3 de octubre de 1912

(Versión al castellano desde “Premières impressions”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 79-83 y 463 para la nota. Publicado en *Kiesvskaja Mysl'*, número 274, 3 de octubre de 1912.)

Partí hacia los Balcanes con la idea de que la guerra no sólo era probable, sino inevitable... Pero cuando me encontré en las calles de Belgrado, frente a largas columnas de reservistas y civiles con brazaletes de la Cruz Roja, cuando oí decir a parlamentarios, periodistas, campesinos y obreros que no había vuelta atrás, que habría guerra, que sólo era cuestión de días, cuando supe que algunos de mis conocidos (políticos, editores, profesores universitarios) ya estaban en la frontera con el ejército, en la primera línea de defensa, es decir, los primeros en matar y morir, entonces, la guerra, una abstracción sobre la que había especulado tan despreocupadamente en mis pensamientos y artículos, se me apareció de repente como algo inconcebible, increíble.

Pero no había vuelta atrás: la guerra era inevitable, estaba a punto de estallar. Serbia pronto declarará la guerra. El telegrama anunciando la declaración de guerra llegará probablemente antes que mi correspondencia. Todo el país está en pie de guerra. Belgrado se ha transformado en un campamento militar; la vida económica del país se ha estancado; las líneas de ferrocarril sólo se utilizan para la movilización y concentración de tropas; la rutina diaria ha dado un vuelco: es como si alguien hubiera clavado una gigantesca pala bajo las raíces mismas de la vida del país. Y si de repente al gobierno se le ocurriera suprimir este terrible impulso destructivo para devolver la vida del país a la normalidad de la que ha sido arrancada, entonces, entonces la palanca de la autoridad del estado, ya tensada hasta el límite, se rompería de golpe. No cabe duda: cualquier intento de detener el proceso bélico amenazaría la existencia misma del partido radical en el poder y, sin duda, pondría fin a la propia dinastía. Ciertamente, esto no quiere decir que la guerra garantice la superación de los obstáculos que se interponen en el camino del desarrollo histórico de Serbia y de toda la península, ni que la paz sea menos preciada que el destino del gobierno de Nikola Pasić o de la dinastía Karageorgević; sin embargo, sí significa que las riendas de este pequeño y malhadado país están en sus manos. No hay fuerza política en el país capaz de resistirles. Prisioneros de su posición, han puesto en marcha un proceso sobre el que han perdido el control. Incluso si la diplomacia europea fuera capaz de ofrecer hoy algo más que una buena fórmula, incluso si mostrara energía, la que no posee, y si actuara realmente en dirección a la paz, seguiría siendo demasiado tarde: al cruzar la frontera, las tropas serbias están abriendo un nuevo capítulo en la historia de los Balcanes, cavando un surco de sangre.

Temiendo que hubiera dificultades para cruzar la frontera con Serbia, envié un telegrama a mis amigos de Belgrado. Les pedí que se reunieran conmigo en Semlin, la última estación en suelo húngaro, a sólo versta y media de Belgrado, en la orilla opuesta del Danubio. Aparecieron, pero no tuve problemas en la frontera. Los gendarmes croatas, a las órdenes de un hombre robusto vestido de paisano, tendieron una cadena de hierro desde una caseta de madera hasta el embarcadero, también de madera, y luego controlaron rápidamente a los pasajeros antes de que subieran al vapor. Pedían a los extranjeros, sobre todo a los que no conocían, sus documentos de identidad.

El objetivo preciso de este control era impedir que los ciudadanos de las provincias eslavas del sur, súbditos de la monarquía de los Habsburgo, se alistaran como voluntarios en el ejército serbio. Una estratagema policial típica, ya que les resultaría muy difícil lograr sus objetivos con una cadena de hierro común.

Cruzamos el Danubio en el vapor *Morava*. El aire es húmedo. Río abajo, otro vapor, el *Zar Nicolás II*, va cargado de pasajeros, algunos vestidos de campesinos y otros como si estuvieran en la ciudad. Eran reservistas serbios trasladados a la frontera oriental. Agitan sus sombreros y gritan “¡Viva!” Sus gritos resuenan por encima del gran río, cuyas aguas tantas veces se han teñido de rojo por la sangre humana, y penetran hasta lo más profundo del alma, introduciendo un particular sentimiento de tragedia, difícil de comunicar a los que están lejos de aquí, pero también un sentimiento de impotencia, ante el destino de estos pueblos del triángulo balcánico, y finalmente, de angustia ante la visión de este rebaño humano conducido al sacrificio...

En la orilla serbia del Sava, en su confluencia con el Danubio, los centinelas montan guardia en la frontera: hombres de la milicia territorial, vestidos de campesinos y con fusiles al hombro. Tras desembarcar en esta orilla, alquilé el último coche de caballos, que esperaba junto al embarcadero. Casi todos los medios de transporte, carros, hombres y caballos, habían sido engullidos por la vorágine de la movilización. Estuve allí hace dos años y medio. Desde entonces, la ciudad ha crecido, está más limpia, se han levantado nuevos edificios, pero como entidad económica, es una ciudad muerta.

Las fábricas y factorías están en silencio, aparte de las que hacen uniformes y municiones para el ejército. Los comercios están vacíos. Falta mano de obra, ya no hay crédito, nadie tiene dinero y, además, no hay nada que comprar. Los tenderos y dependientes se pasean por los umbrales de las tiendas. Pasan el tiempo descargando el peso de sus cuerpos de un pie a otro, echando un vistazo al periódico o charlando con los transeúntes que, a pesar de la incesante llovizna, se reúnen en pequeños grupos en los porches de las casas y en los cruces. Las calles suelen estar llenas de baches. Habían empezado a pavimentarlas con madera, y por eso se arrancó un tramo considerable de la línea del tranvía; hoy las obras se han abandonado y ya nadie se preocupa por las calles. Los reservistas, vestidos con viejos uniformes militares y opanka, caminan despreocupados por las calles. Se detienen ante los escaparates, con las armas desenfundadas, saludando amistosamente a sus compatriotas y reservando el saludo habitual a los oficiales.

Según las estimaciones oficiales, la campaña de movilización serbia ha sido un gran éxito: entre 220.000 y 230.000 soldados se han alistado en el ejército. Ayer, un coronel me dijo que, si Serbia tuviera suficientes fusiles, podría enviar hasta 360.000 hombres al frente.

¿Cuál es el estado de ánimo general? ¿La gente realmente quiere la guerra? ¿Es realmente cierto lo que se dice sobre el entusiasmo popular por la guerra?

Estas preguntas son perfectamente pertinentes en nuestro país, pero aquí es más fácil hacer preguntas que dar respuestas. En este preciso momento, un grupo de reservistas, precedido por un suboficial, pasa bajo mis ventanas. Son unos cincuenta, algunos con sombrero de ala ancha y otros con bombín, y evidentemente son gente de la ciudad: oficinistas, obreros e intelectuales. ¿Cómo ven la situación? A ellos mismos les costaría responder a esa pregunta.

Ayer pasé la tarde en compañía de dos periodistas serbios, uno a favor de la guerra y el otro no. La pregunta que me hice, poniéndome en su lugar, fue el tema principal de la conversación. Las opiniones sobre este punto eran radicalmente opuestas.

- “El pueblo quiere la guerra y no puede ser de otro modo: no tiene elección”, decía el partidario de la guerra. “No estamos hablando del ‘entusiasmo’ oficial que

inevitablemente aparece en los boletines oficiales del gobierno en vísperas de todas las guerras, y que no guarda relación alguna con las necesidades y preocupaciones de la gente. Lo que está en juego es nuestro derecho a la vida y al progreso. El pueblo sabe y comprende que sólo la guerra le permitirá ver la luz al final del túnel. El pueblo quiere la guerra.”

- “La guerra no es una solución. El objetivo oficial, el infame artículo 23 del Tratado de Berlín¹, no es capaz de despertar el entusiasmo nacional de las masas. En realidad, ¿quién puede creer realmente en los beneficios de las reformas superficiales que la guerra obligará a hacer a Turquía? ¿Le parece posible que las masas serbias se enardeczan tanto que estén dispuestas a derramar su sangre para instalar a un gobernador general cristiano en Macedonia? Si lo que estuviera en juego fuera la extensión territorial y una salida marítima que permitiera ampliar las bases del desarrollo económico y cultural del país, eso ya sería otra cosa. Tal objetivo podría sin duda entusiasmar al pueblo y llevarlo a actos heroicos. Pero, por mil y una razones, la conquista territorial está descartada. El pueblo, o más bien los que usan la cabeza, saben que las grandes potencias nunca permitirán que Serbia y Bulgaria se expandan a costa de Turquía. En consecuencia, no se puede contar ni con los resultados de la guerra ni con el entusiasmo por ella. La guerra es políticamente inevitable sólo para la dinastía y los grupos dominantes; el pueblo, en cambio, no tiene ningún interés en ella: se contenta con cumplir sus obligaciones militares.”

- “Esta es una idea preconcebida. Sin el entusiasmo popular, la movilización no habría tenido tanto éxito.”

- “El hecho de que la movilización haya funcionado tan bien se debe únicamente a la gran eficacia del aparato administrativo. Es un hecho que el gobierno radical consiguió introducir notables mejoras en este campo, del mismo modo que consiguió, hasta cierto punto, poner en orden las finanzas. Es cierto que el pueblo no se oponía a la movilización, pero estaba lejos de entusiasmarse con ella.”

- “¿Y la prensa? Todos los periódicos, a excepción de *Radničke Novin*², están a favor de la guerra. Hablan de la reacción entusiasta del pueblo ante la decisión del gobierno de ir a la guerra. Lo mismo ocurre con el parlamento. Con la excepción de dos o tres diputados socialdemócratas, todos son unánimes en su apoyo entusiasta al gobierno. ¿Es una coincidencia?”

- “Desgraciadamente no. Digo desgraciadamente porque ni la prensa ni los partidos políticos expresan la opinión pública o, más exactamente, el estado de ánimo del país. Las masas campesinas están demasiado atrasadas culturalmente y desarmadas políticamente para poner al gobierno, los partidos y la prensa a su servicio. Por eso los grupos dominantes son capaces de llevar la voz cantante. Nuestros periódicos y la *Skupština* sólo expresan las posiciones de los círculos belicistas, no los verdaderos sentimientos del pueblo, que no obtiene ningún beneficio de esta guerra, sino que corre el riesgo, a causa de ella, de ser arrastrado durante décadas a la época de la barbarie económica y cultural.”

- “Si el éxito de la movilización y la opinión de la prensa no consiguen convencerle, ¿qué piensa de los voluntarios?”

- “No son tantos. Además, un país en el que una quinta parte de la población masculina, incluidos ancianos y jóvenes, está en el ejército no tiene prácticamente nada que perder. Es más, además del número de voluntarios en el ejército, podría comparar el número de suicidios (mucho menor, es cierto, pero no menos significativo) entre los reservistas.”

Y ahí se acabó la conversación.

Me abstendré de expresar mi opinión por el momento.

¹ Artículo 23 del Tratado de Berlín. “La Sublime Puerta se compromete solemnemente a introducir en la isla de Creta el estatuto orgánico de 1868 con las modificaciones que se consideren legítimas. Estatutos similares, adaptados a las exigencias locales (exceptuando, sin embargo, los privilegios fiscales concedidos a Creta) serán también introducidos en otras partes de la Turquía europea para las que el presente Tratado no prevé ninguna reglamentación administrativa especial. La elaboración detallada de los nuevos estatutos de cada región será asignada por la Puerta a comisiones especiales en las que la población nativa tendrá amplia oportunidad de participar. Los proyectos de organización que surjan de los estudios realizados por las comisiones serán sometidos a la aprobación de La Puerta. Antes de promulgar las disposiciones que reforzarán estos estatutos, en lo que concierne a Rumelia oriental, la Puerta consultará a la comisión europea existente.”

² *El periódico obrero*, el diario de la socialdemocracia. Nota editor francés.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es